

AÑO X

ATHENEIA

NUM. 2

ORGANO DEL ATENEO DE COSTA RICA

COMITE DE REDACCION:

JUSTO A. FACIO • RAFAEL CARDONA • ROSELIO SOTELA
J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

Argentina



Hay en la tierra una ARGENTINA, dijo
Darío, y habló luego del Dorado,
del Vellochino de Oro, de un sagrado
país cuyo avenir soñó y predijo.

Yo he visto aquella tierra; la he soñado;
sé del azul y el blanco que bendijo
la prole del gran gaucho, quien de fijo
jamás en su altivez se vió menguado.

De aquella tierra el nauta nos visita
y una oleada de versos precipita
un himno hermoso unido a mi saludo!

ARGENTINA! ARGENTINA! el patrio suelo
ufánase fraterno con tu cielo
y enlaza su bandera con tu escudo!

Agustín Luján

A bordo del "Presidente Sarmiento" Costa Rica, 15 de setiembre de 1917.

Directiva del Ateneo de Costa Rica

Presidentes Honorarios

Justo H. facio

fundador del Ateneo

Antonio Zambrana

Presidente

Alejandro Alvarado Quirós

Vicepresidentes

Jenaro Cardona

J. M. Alfaro Cooper

Vocales

Luis Castro Saborio

Carlos Orozco Castro

Clodomiro Picado

Alceo Hazera

César Nieto

Secretario

Rogelio Sotela

Toda correspondencia relativa a **Athenea** debe ser dirigida al apartado 572. La suscripción mensual es de cincuenta céntimos.

La Administración está a cargo de Rogelio Sotela

Colaboran todos los Ateneistas.

La gran República del Sur

Para don Juan Margueirat

En la perenne cruzada que los hombres modernos han emprendido en busca del vellocino de oro, no hay duda que la palma corresponde a los Estados Unidos, pero un nuevo grito de triunfo ha resonado en nuestro Continente, allá en las márgenes del Plata, con la circunstancia de que es nuestra raza española y es nuestra religión y nuestra lengua las que con indiscutible supremacía afirman hoy sus virtudes civilizadoras y avasallan para el servicio del mundo las vastas regiones agrestes, la pampa salvaje y las fecundas montañas que se recuestan al abrigo de las altas crestas de los Andes.

Allá en la cumbre adonde confundido con el azul vuela el cóndor magestuoso, el dulce Redentor con los brazos abiertos contempla pensativo el penacho de humo que va dejando el raudo tren, símbolo del progreso.

Desmentida, pues, la tesis de la superioridad de los anglo-sajones, los argentinos se encargan de demostrarnos que el factor trabajo es el mismo nigromante que transforma la misteriosa naturaleza, que la energía individual lleva a la conquista del oro y a la grandeza nacional lo mismo en el Norte que en el Sur, y que si el imán de la esperanza atraía antaño las caravanas de emigrantes hacia la antorcha que lleva en su diestra la estatua de la libertad, hoy visible simpatía hace dirigir el trasatlántico, repleto de europeos, hacia la estrella, sol naciente del pabellón argentino.

Para nosotros costarricenses, absortos aun en la tarea de descubrir y acrecentar el valor de nuestra propia tierra que podría dar sustento a una población de varios millones, no tiene la Argentina el espejismo de los intereses materiales. Vemos en ella la patria de San Martín, Don Quijote de los libertadores. San Martín pasa los Andes como Bonaparte pasó los Alpes y cuando después de incontables penalidades y cuando al precio de esfuerzos heroicos la sangre argentina derramada contribuye a libertar a Chile, el General no pide ventajas, mando ni honores y con sublime sencillez exclama: «la victoria no da derechos».

¿No os parece esa una frase de Cañas? Cuando después de tanto sacrificio, de tanta muerte deplorada, del abandono de todo lo nuestro, Walker fué vencido y humillado en Rivas, los costarricenses repasaron la frontera y entregaron hasta las fortalezas que en el río San Juan eran testigos permanentes de nuestra maravillosa hazaña.

Las graves notas de nuestro Himno Nacional idealizadas aun por la apacible estrofa que pinta un labriego enrojecido por el trabajo, arando en la paz de la tierra, bajo el cielo diáfano, como en

el Angellus de Millet, dan en verdad un compendio de la vida de Costa Rica.

Los argentinos adoran también la música marcial y reverencian su himno y su bandera. Refiérese «que en la revolución de 1890 un regimiento fiel al Gobierno vacilaba y estaba próximo a desbandarse en una calle de Buenos Aires, bajo el fuego de los insurrectos. Su coronel, enguantado de blanco y con vistoso penacho, como en una gran parada, hizo adelantar la banda de música. «Que toquen el Himno, presenten armas». Y el regimiento se contuvo en su desbande. ¿Cómo huir cuando sonaba el himno argentino, canto de victoria en tantos combates? Los insurrectos arreciaron el fuego pero los soldados permanecían impávidos formados enmedio de la calle bajo el diluvio de balas presentando las armas a la República, que pasaba ante ellos desarrollando su manto blanco y azul al compás de las notas magestuosas; viendo al frente a su coronel a quien habían matado el caballo y que seguía de pie, la mirada inmóvil y el puño del sable a la altura de los ojos. La música duró diez minutos. A cada compás abrían las descargas anchos claros en las filas pero éstas ya no ondulaban. El Himno las había endurecido e inmovilizado como murallas».

Nos ufamamos los ciudadanos de Costa Rica del culto a la escuela. Todos nuestros Presidentes, desde el Benemérito Mora Fernández que fundó la Casa de enseñanza de Santo Tomás en 1824, han comprendido que la redención de la ignorancia es el nuevo evangelio de los pueblos y un hombre superior pudo, durante su paso por el Ministerio, hacer un haz luminoso de esas aspiraciones colectivas, dando vigoroso impulso a la enseñanza en todas sus manifestaciones y legando a las generaciones posteriores el deber de continuar su apostolado.

Argentina encargó al gran Rodin un bronce para Sarmiento. Este super-hombre que en su universalidad intelectual tuvo gran influencia en la cultura, en la política, en la diplomacia, en la grandeza de su país, se destaca sobre todo por su amor a la causa de la instrucción pública.

Dice Blasco Ibáñez: «Una de las glorias más grandes de la República Argentina estriba en haber elevado a su primera magistratura a un maestro de escuela. Ninguna Nación puede alabarse de lo mismo. El estado de la Argentina actual y el respeto con que atiende a la enseñanza considerándola como una de las primeras necesidades públicas, dan a entender que un educador ilustre ha pasado por la más alta de sus posiciones oficiales».

Costa Rica ha colocado en un pedestal a sus mujeres y con razón. Buenas, dulces, oficiosas, abnegadas y por encima de estas virtudes sencillas, de una belleza resplandeciente que maravilla al extranjero que visita nuestra tierra. La gracia, el encanto de la mujer argentina, la elegancia de la porteña tampoco tiene rivales ni sufre parangones.

Una noche que se pierde ya en la lejanía de mis recuerdos en una bruma de sueño, una noche que asistí a una representación de Armida, de Gluck, en la Gran Opera de París, contemplamos en la regia sala una verdadera vía lactea de estrellas de la hermosura, realizada con los más brillantes atavíos del lujo y con el refinamiento oriental de las pedrerías, que rivalizaban en fulgores con las innumerables luces de las arañas.

En uno de los palcos centrales, una dama, vestida con la suprema sencillez de una reina realizaba la más alta aspiración de un artista, era un compendio de gracias, un poema de belleza.

Por sus modales, nuestra imaginación le había asignado nacionalidad y domicilio: francesa de pura sangre, parisiense, faubourg Saint Germain o avenidas vecinas al Arco de la Estrella.

Era noche de invierno. En el férreo desfile de la tradicional salida de la Opera que tantos pintores han tomado como tema de sus lienzos, la dama digna del cetro envuelta en regio manto pasó cerca de sus incógnitos admiradores. Cual no sería nuestra sorpresa. Era nuestra, española, más aún, por su acento criollo que tiene parentesco con el tico, podía descifrarse el enigma, la dama era de Buenos Aires y fué así como quedó consagrada para nosotros la superioridad de ese cruzamiento de sangres que ha engendrado como en los parterres en que se seleccionan las más lindas, las más raras, las más valiosas plantas de los jardines, esa flor preciosa llena de savia, de aroma, de encanto, en que se recrean la naturaleza y el arte: la mujer argentina.

Al evocar la rosa, no podemos olvidar el roble soberbio de las llanuras, porque a su sombra nuestros países cobran mayor calor para su vida y libertades. Me refiero a Sáenz Peña, a su actitud en el Congreso de Washington, frente a los estadistas y diplomáticos adoradores de Monroe y del dollar.

La voz del genio latino, creador de la civilización mediterránea, descubridor de América, campeón de la justicia se dejó oír en los labios de Sáenz Peña en su viril protesta contra los egoísmos y las rapiñas. «No, dijo el prócer: América no debe ser únicamente para los americanos, América para el mundo, América para la humanidad».

Y don Juanito Mora allá en su tumba fría, hizo de seguro, por su conocimiento íntimo que tuvo de los yankees, la más categórica señal de asentimiento a la nueva y generosa doctrina panhispano-americana.

Son éstas, no hay que dudar, afinidades que unen a la grande y a la pequeña democracia americanas: himno, maestros de maestros, estadistas viriles, criaturas de sueño... afirmaciones de fiera independencia como la de Sarmiento en su discurso legendario: la bandera azul y blanca jamás atada al carro de ningún vencedor sobre la tierra o nuestro grupo escultórico del Parque Nacional...

Por eso, obedeciendo a secretos instintos, a espontáneo movimiento que no se puede obtener en programas oficiales ni en festejos de gobierno, la multitud aclamó a los marinos argentinos que recientemente visitaron nuestro país y los marinos que por fuerza y por hábito son silenciosos, que viven entre mar y cielo y que tienen a las estrellas como únicas confidentes de sus pensamientos y de sus afectos, al contemplar el homenaje enviado a su gran pueblo, los marinos de la fragata «Sarmiento», con los ojos humedecidos al partir el tren, que los llevaba de nuevo con rumbo al océano, rompieron en estruendosas e inusitadas aclamaciones.

Alejandro Alvarado Quirós

Exposición Nacional de 1917

Impresiones

Costa Rica ha tenido una bella oportunidad para demostrar su grandeza moral. La exposición del 15 de setiembre coloca a nuestro pequeño país en un lugar preferente por su cultura industrial y artística. Jamás se vió que con tan pocos recursos se hiciera gala de una exhibición tan hermosa. De esta vez hemos sabido que cada costarricense es un industrial o un orfebre, que en nuestro país se hace todo, se puede hacer casi todo lo que importa-

mos. El corazón se llena de regocijo y el sentimiento patriótico se aviva cuando vemos desfilar por los 32 salones del edificio a millares de personas dándose cuenta de la pujanza de nuestro pueblo laborioso. Y regocijo sentimos también al ver que cada observador se exalta ante los objetos expuestos y claman todas las voces con asombro: ¿Costa Rica daba esto? ¡Grandeza de un país que tiene la virtud de ser pequeño!

Desde la grandiosa maquinaria complicada hasta el último juguete de cartón; desde la fábrica de cabuya que nos deja admirados con sus grandes rollos de cordel hasta la filigrana más sutil hecha de mano; desde el dril más fuerte o el hule más impermeable o el encaje más fino, hasta la estatua más bella o el cuadro más hermoso, o la terracota más pulida; en fin, todo, todo lo que puede producir el conjunto de las naciones: licores, mosaicos, libros, herramientas, maquinarias, instrumentos de música, inalámbricos, muebles, perfumes, cerámica, todo lo que la tierra puede dar y que nuestro pueblo le ha arrancado!

El país está satisfecho plenamente y se siente orgulloso de sus hijos. Cada uno de nosotros estalla de sano entusiasmo y saluda con fe a la Costa Rica de mañana, congratula al Gobierno que tan empeñosamente ha llevado a cabo esta exposición y sobre todo, a los exhibidores que con lo suyo han hecho tanto por la cultura y la grandeza de la patria.

Nosotros querríamos dar una crónica detallada de todo y nuestro espacio no nos lo permite. Sin embargo, iremos publicando algunas impresiones de nuestros colaboradores.

Los salones de pintura



Un ángulo del Salón de Acuarelas

Especial para ATHENEA

Nosotros creemos que siempre puede juzgarse de las cosas bellas, en cualesquiera de las manifestaciones que el arte comprende, si se hace propicio el sentimiento al poder sugerente de esa belleza. Animado así el espíritu de la más pura sensibilidad, sin creer que la expresión fuera menguada por falta de dominio en este arte difícil del lienzo, entramos a comentar, siquiera sea ligeramente, lo que se ha presentado en los salones de pintura.

A la entrada nos impresionan admirablemente los cuadros de Roa Escandón. La *cabeza de tigre* de una vivacidad palpante, llenas de lumbré las

pupilas fieras, revelan al artista. Abajo vemos un crayón purísimo, sin afectación, de trazos claros y precisos: es una madre encantada ante el cariño de la hija que le sonríe; y hay tal expresión de dulzura en ellas, que el alma se queda prendida en el lienzo. Vemos luego sus pasteles, copias de los cuadros de Millet y nos quedamos con la misma angustia que tiene ese Angelus diluido; sobrios, con cierta tenuidad en el colorido que los hace bellos. Roa nos hizo sentir la emoción de la línea y nos gustó más en esto que al óleo. Sin embargo, su «Por la humanidad y por la patria» es una con-

cepción fuerte y llena de expresión. El símbolo es nobilísimo.

Después estamos frente a la *Cabeza de Viejo* de Rampazzini y nos quedamos extasiados; eso es un derroche de pureza y de exactitud; las pupilas azules del viejo nos miran y nos quedamos viéndole mucho rato; arriba, un rostro sereno, lleno de paz, perfecto, de una precisión cromática que sorprende. Y seguimos viendo trabajos de Rampazzini en todos los salones. Fecundo y generoso artista, que lo mismo funde una maza en la forja que se sienta ante el caballete para delinear sus figuras tan personales. Queríamos tener espacio para hablar de todo lo suyo, pero no es posible.

Más allá, Arturo Ramón, triunfa con sus crayones impecables. La *cabeza de Vives*, la *Menicheli*, el *Wagner*, todo lo suyo está tocado de la musa! Su DON MAURO, junto con el de don Próspero Calderón, no deja nada que desear. Este joven artista tiene la gloria cogida entre las manos y no se le irá si trabaja con amor. Le anotaríamos tal vez, si pudiéramos, que a veces están sus crayones algo *fotográficos*. La línea del crayón debe tener la ondulación que no tiene la fotografía cierta plasticidad en el contorno.

Luego nos encontramos con los cuadros de Herrero. Carlos, indudablemente, es un laborioso lleno de fe en sus trabajos y tiene la visión del artista. En sus caricaturas está admirable; hay detalles característicos que maravillan. En sus paisajes se revela. En los patios españoles se admira la explosión del colorido y la fácil ejecución. El *álamo de bronce* es de lo que más nos gustó. Viendo su paisaje junto al de Caballero, pensamos que ambos son admirables coloristas. Pero debiera cultivarse más el arte «en nosotros», pintar de nuestros campos que tienen motivos tan hermosos. En Caballero hay esa virtud. Lástima que no expusiera una «trilogía» de apuntes que tiene. Sin embargo, debemos decir que Caballero nos gustó más en sus terracotas. Esos indios y el fauno son magistrales. De lo que exhibe ahora nos llamó la atención las *Orquídeas*, y un poco, la Hora del Silencio. El primero tiene una factura concisa; el otro lo hallamos con cierta rigidez y no debe ser así el original de Durán.

Estamos ahora frente a los cuadros que firma Adelita Jiménez. El *Desierto* nos parece hermoso; la técnica es de un procedimiento fácil y está lleno de calor el arenal. Vemos muchos cuadros de esta delicada artista y por fin nos quedamos absortos ante una «sepia» que es bellísima. Allí está todo el genio de la artista diluido en las aguas del castillo....

Aquí nos encontramos con un nuevo cuadro de la señora Elena de Montagné. En casi todos los de esta artista, hemos notado una hermosa tendencia al naturalismo que los hace interesantes. Sus figuras tienen vida. Ese caminito que se pierde en un recodo gris, está lleno de alma. Nosotros

que hemos visto de cerca la generosa labor de la señora Montagné, aplaudimos sinceramente su esfuerzo. Trabaja con amor y le preocupan más que todo las cosas del campo; percibe la intensidad conceptual de la naturaleza plástica y la copia con sencillez. Entre los crayones que exhibe ahora, nos gustan bien los Dos Viejos y el Perro.

El primero tiene una sensación pura de realidad y están admirablemente exactos todos los detalles. El segundo es un noble y hermoso perro, en verdad; tiene el gesto ávido, y casi tiembla.

De ella también nos gustaron las «Azalias» y un «Bosque» que revelan armonía en el color y una gran percepción intuitiva del efecto.

De lo que presenta Adelita Montalto, nos detuvieron las «Orquídeas». Por cierto que notamos gran diferencia con otros cuadros de ella.

Los trabajos que envió el Colegio de Sión, fuera de alguno que nos gustara, nos parecieron muy fijos, muy sin elasticidad. Pecan por cierta audacia del colorido que se diluye en una explosión rutilante.

Rosita Montero exhibe un óleo, retrato de don Alejandro Cardona, que nos mereció un caluroso elogio. Admiramos en él un colorido exacto en la tez y un realismo en la expresión viva. Tiene también un crayón y una acuarela que acusan bien definitivamente la mano firme del artista.

Encontramos una bella copia al crayón de Clemencia Ramírez, y hay en ella una delicadeza que nos sugestión. Lo mismo vemos en los cuadros de María Luisa González: tiene cierta modalidad que le da un tono gris, melancólico. El bronce de Adelita Quesada está bien; se ve el brillo metálico y hay la misma ondulación de la línea que en el original. El paisaje que exhibe la señorita Elena Braun es muy laborioso y hasta nos parece de difícil procedimiento. Se respira la frescura del bosque allí y los árboles tienen un movimiento de brisa. La señorita Marichal, con su Venta de Esclavas nos dejó una buena impresión; el motivo es precioso; le apuntamos, por ser copia, que el comprador carece de lineamiento en las piernas y tiene poca expresión. En lo demás, bien aceptable. Argüello nos hizo dudar: le vimos sus olas, tan llenas de intención, que casi eran irreales. Otros cuadros de él sí nos hicieron aplaudirle. Sabe fraguar conjuntos luminosos y pone en todo una irrupción policroma que nos abstrae.

De Huertas no vimos más que un DON MAURO y un pequeño retrato. Lástima que este joven artista no hubiera presentado más.

Una acuarela nos llamó mucho la atención: la de Ana María Arrasty. Es un cuadrito de 10 centímetros cuadrados lo más, y hay en él una delicadeza de tonalidad que lo engrandece. El perfil del monte está difuso, vago, el agua está serena, el cielo es de un color indefinido, todo hace un conjunto bello. Los hermanos Thompson han dado una nota originalísima entre nosotros y verda-

deramente merecen una calurosa acogida por haber logrado triunfar con un arte nuevo.

Pero debemos concluir esta «impresión» que ya se hace larga y nos prometemos continuarla próximamente. No es posible hablar como querriamos en tan corto espacio. Mientras, digamos algo de Carmen Estrada. Hagamos un preámbulo al volumen que escribiríamos hablando de este artista, que es el más joven y el más genial de los artistas. Estrada está tocado de la mano divina. Un amigo nuestro nos refiere que es un muchacho humilde, que vive por ahí, en una pobre casa, lleno de sencillez y lleno de amor para sus padres y para sus cuadros. Cuando nos hablaba nuestro amigo, volvíamos nosotros a ver los trabajos de Estrada y exclamábamos: Genial! genial! Indudablemente lo es este joven artista. Logrará ser nuestro pintor más vigoroso. Tiene apuntes al lápiz que asombran. Pone en lo suyo la pincelada que le presta su alma iluminada; sus líneas son fáciles, el colorido exacto, armonioso el conjunto, todo lleno de ingenuidad y de genio. Le vimos del natural una «pintura franca» y allí se nos vuelve a revelar; es un cuadro de «plain air», sin ese preciosismo que tanto cohibe la espontaneidad del trazo. Este artista se baña las pupilas de belleza del campo y las deja en la bella expresión de su eunritmia. A este joven y a

Juan Ramón Bonilla, debiera mandarlos el Gobierno a Europa para que le den gloria a su patria y honor a sus hijos. ¡Estos artistas están filtrados de la idea celeste y Dios los llevará de la mano hacia la gloria...!

Tememos que se juzgue mal nuestro comentario: es tan peligroso dar una opinión en estos casos! Y más si tomamos en cuenta que esto ha sido escrito al correr de la pluma sin esperar el fallo del Jurado Calificador para guiarnos. Los distinguidos autores se servirán perdonarnos y recibir todos ellos nuestras más entusiastas felicitaciones por el éxito que le han dado a la exposición. Y crean que ante sus trabajos sentimos de cerca el pensamiento del color y vimos la teoría irreal del lienzo que nos hace pensar en el alma suprema de la línea....

Antes de concluir, queremos hacer una observación: que casi todos los cuadros exhibidos son copias y los más de motivos extranjeros. Bien está que es grande también la labor del copista, pero nosotros necesitamos «nacionalizarnos» y debemos procurar la originalidad en lo nuestro. Para qué recurrir a paisajes de afuera cuando nuestros campos, y nuestro cielo y todo lo que tenemos aquí es maravilloso? Además, lo necesita Costa Rica, lo necesitamos todos.

Eugenio de Triana

Setiembre 17 de 1917.

Idilio Crepuscular



Paisaje Josefino

Fotografía del señor Sotillo premiada en la Exposición Nacional

Las dos manos

Color de golondrina
se mece en el azul de la mañana.
En el florido limonero trina
el perfume de azahar y se desgrana
en el sereno ambiente
la canción del olvido de una fuente.
Lavado en lila el aire transparente
parece estar de hinojos
contemplando el azul de la montaña,
tan quieto y silencioso está!

La joven
se asoma en el umbral de la cabaña,
toda de blanco, y sus morenos ojos
recorren el camino
que va desde los llanos hasta el monte.
De pronto, dos palomas blancas, juntas,
tocándose las alas por las puntas
baten al aire como un par de manos
hechas de nieve, tras igual destino.
Y así cruzan los montes y los llanos
buscando la amplitud de otro horizonte!

R. Brenes Mesén

NUESTRAS ESCRITORAS

Espirales

Ascendiendo la ruta de la evolución, en un sitio que alumbra la fama, marcha un joven viajador, un estudiante cuyos títulos de profesor en ciencias, letras y humanidades así como su elevada alcurnia, le brindan envidiable posición.

El mar iluso de la vida le ofrece aquel placentero oleaje con que arrulla siempre a la adolescencia cuando ella se anega en sus aguas por vez primera; y sin embargo, en cuanto siente la caricia de la irisada espuma, retrocede y corre a ocultarse entre los silenciosos amigos de la juventud: los libros. Y siguiendo el moderno espíritu de la época, contagia su criterio en las páginas de Buchner, Holbach, Huxley y otros cuyas teorías fueron tomando asiento en su naturaleza un tanto positivista.

Mas el ansia de saber lo lleva adelante y somete al análisis todas las enseñanzas. Se trasporta al mundo infinitesimal de la molécula en donde lo

subyuga la maravillosa escala de la vida, forma y color que el lente prodigioso le descubre por la inventiva de Jansen.

Transcurren para él las veladas como meros instantes, siguiendo sus investigaciones allá en el seno del laboratorio, hasta que un día llega el luminoso despertar. Entre los microscópicos cuerpos de las sustancias que analiza contempla de pronto algo que se escapa a la mirada de la ciencia oficial, un mundo de energía no soñado siquiera por la escuela a la cual rinde culto su intelecto. Quiere explorar ese antro misterioso en cuyas fronteras ve desmoronarse el materialismo y en un instante de entusiasta desvarío, invoca a los átomos pidiéndoles luz para enfocar esa esencia primordial que los origina, esa fuerza de cohesión que los atrae, que los une y palpita vigorosa en medio de ellos.

¡Maravilloso encanto! No bien han fraseado sus labios esta pregunta cuando su pensamiento es impulsado hacia esa misma verdad que busca. . . . Y en la penumbra de su alcoba, donde medita acodado sobre la mesa de estudio, ve disiparse los objetos que lo rodean, y entre vaga neblina aparece un portal custodiado por un niño y por un anciano.

—«Caminante,—le dice este último,—prontos estamos a tu llamamiento: has pulsado la puerta de la verdad con el aldabón de la ciencia, pasa».

El rostro del novicio se llena de regocijo y desfoga su contento con esta frase:

«Sí, sí, mensajero de luz, abrid que yo quiero aumentar mi saber».

Pero la firme voz le detiene diciendo:

—«Vade retro, deja en el vestíbulo ese egotismo que aquí ni germina ni crece. Arroja lejos de tí el fardo de la personalidad antes de hollar este sendero, y olvida esos pliegos que ocupan tus manos y esas condecoraciones que adornan tu pecho. Así podrás escuchar la voz de tu Maestro».

Profundo silencio siguió a estas palabras.

La duda cruel le da su dentellada y al fin una grísea sombra oculta la luz intuitiva que ha poco rutilaba en su alma. Formula una protesta contra ese ser que lo induce a la sumisión y por ley natural se desune de aquella misma corriente que lo impelía hacia la verdad.

La tenue quimera se desbarata; la radiante aparición desaparece y torna el peregrino a sus labores; pero como dulce reminiscencia que consuela su nostalgia una voz murmura muy quedo:

—«Nada se pierde, indomable pasajero de la existencia; todo se trasmuta. Infinitos son los atajos que conducen a este camino. . . . Aguarda. . . que volverás mañana».

Араікán (*)

(*) Hablando de *Zulai*, la celebrada obra de *Араікán*, leemos en la revista «Cordelia» de 1913: «Es una prosa que parece hecha de duro mármol apenas herido por el cincel modelador; un estilo que se mueve con ese ondular gracioso de las banderas y sin esa gravedad perezosa de las gruesas cortinas que cierran las puertas de las habitaciones señoriales. *Араікán* nos relata una historia indígena, llena de cosas delicadas, de hermosos sentimientos y de nobles rebeldías. *Араікán* no pertenece a esa serie de mujeres que se creen literatas; la dulce autora de *Zulai* es una mujer que debe ser leída, es una alma femenina que escribe porque siente la necesidad de tender la mano a los desgraciados, quienes ansían hacer bastantes confidencias al leer un libro en donde encuentran mucho del alma propia».

Dos actas memorables

15 de setiembre de 1886

En la ciudad de San José, a la una de la tarde del día 15 de setiembre de mil ochocientos ochenta y seis, fecha y hora señaladas para verificar el acto oficial de la solemne apertura de la Exposición Nacional, decretada para conmemorar el LXV Aniversario de la Independencia de Costa Rica; hallándose presentes en el edificio destinado al Certamen, el señor General Presidente de la República, Secretarios de Estado y Vocales de esta Junta; con asistencia también del señor Gobernador y autoridades principales de esta provincia y de una numerosa concurrencia de personas de diferentes círculos sociales, el señor General Presidente leyó un discurso inaugural alusivo al acto y declaró instalada la Exposición Nacional de 1886. Enseguida don Manuel Aragón, Presidente de la Junta, pronunció el discurso de orden prevenido en el inciso 6 del artículo 8 de los estatutos. Con lo que se concluyó el acto y firmamos para constancia.

Bernardo Soto, Santiago de la Guardia, Ascensión Esquivel, Mauro Fernández, Enrique Villavicencio, S. S. Jiménez, Mariano Montealegre, Camilo Mora, Manuel Carazo, Anastasio Alfaro, J. D. Céspedes, J. F. Echeverría, J. Rojas, Secretario.

15 de setiembre de 1917

En la ciudad de San José, a las 9 de la mañana del 15 de setiembre de mil novecientos diecisiete, fecha y hora señalada para el acto oficial de apertura de la Exposición a que se refiere el Decreto del Poder Ejecutivo N° 2 de treinta de marzo del corriente año, en conmemoración de la Independencia Nacional, hallándose presente el señor Presidente de la República y altos funcionarios civiles y eclesiásticos, el Cuerpo Diplomático y Consular, los miembros de la Junta Directiva y una numerosa concurrencia; el señor Ministro de Fomento abrió la Exposición con su discurso de orden, el señor Ministro de Instrucción Pública habló en representación de la cultura nacional y finalmente don José Fidel Tristán hizo uso de la palabra en representación de la Junta Directiva, en su calidad de Vice-Presidente. Así concluyó el acto, habiendo estado amenizado con números de música y cantos escolares.

Federico Tinoco G., Juan Gaspar, Obispo de Costa Rica, Carlos Lara, Juan B. Quirós, María Fernández de Tinoco, José I. Cross, Comandante de la Fragata Argentina «Presidente Sarmiento», Ezequiel Gutiérrez, Rafael Cañas, Marian Le Capellain, Manuel F. Jiménez, Clementina de Quirós, J. Fidel Tristán, Alejandro Aguilar, Anastasio Alfaro, E. Capella, R. Brenes Mesén, Daniel Núñez, Rafael Otón Castro, Valeriano Fernández Ferraz, Manuel Monge C., F. A. Segreda. Siguen las firmas de los Directores de Escuela y particulares.

Exposición Nacional



El Sr. Presidente de la República con la Comitiva Oficial en el acto de inauguración

Nocturno

Soneto bilingüe

Du bocage engourdi mille senteurs s'élancent
Vers la voûte enfumée. En flocons copieux,
Comme une «neige noire», on sent tomber des cieux
Les roses de la nuit de l'arbre du Silence.

Et la voie lactée semble une immense portée
Où l'Artiste Suprême avec des sons de feu,
Compose dans la nuit les hymnes silencieux
De Sirius, de Véga, d'Orion et Cassiopée.

L'orchestre du Néant aux notes harmonieuses,
Répandant dans l'éther ses longs accords muets,
Fait sursauter d'émoi les froides nébuleuses. . .

Cependant qu'à l'entour de l'Etoile Polaire,
Les comètes hideux, ces grands elfes de l'air,
Courent éperdument vers leurs destins secrets.

Alceo Hazera

Nocturno

Del bosque aletargado mil aromas trascienden
hacia el cielo de plomo. En profuso derroche,
como una "nieve negra", lentamente descenden
del árbol del Silencio, las flores de la noche.

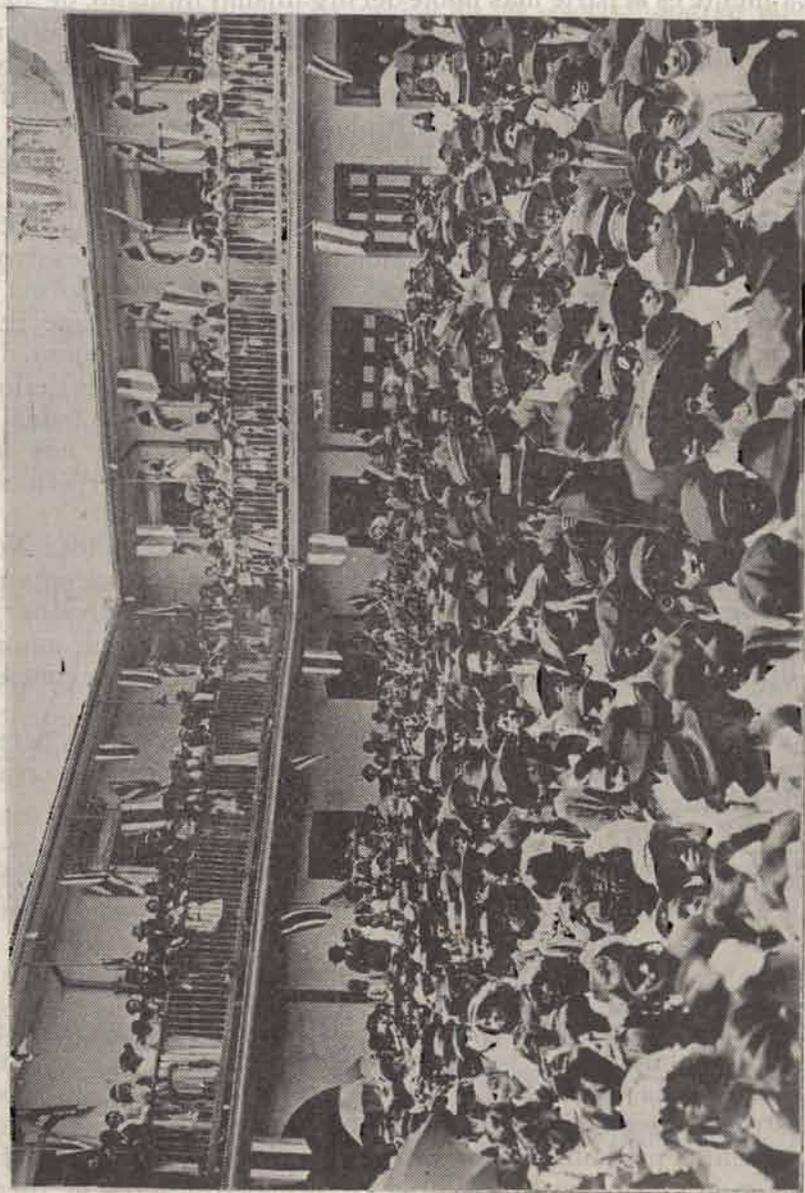
Arriba la vía lactea es un gran pentagrama
en que un genial artista, de ardiente inspiración,
va escribiendo sus himnos con la cósmica gama
de Sirio y Casiopea, de Vega y Orión.

La orquesta de la Nada, con notas armoniosas,
esparciendo en el Éter sus mil acordes mudos,
galvaniza en sus tumbas las frías nebulosas. . .

Y entre tanto prosiguen su elíptico bailar,
—como elfos del espacio—los cometas velludos,
al golpe de batuta de la Estrella Polar.

Alceo Hazera

Exposición Nacional



Aspecto que presentaba el patio del edificio durante el acto inaugural

SECCION CIENTIFICA**Cultura mental** ⁽¹⁾

La mente es la parte más noble del organismo humano; de aparente sencillez, pero grandiosa, extraordinaria en sus manifestaciones superiores cuando se ha cultivado con esmero. Podríamos compararla al diamante, que es susceptible de ser pulido con más o menos perfección para ser transformado en hermoso y valioso brillante cuyas múltiples facetas irradian luz en profusión, y producen matices y tonos tanto más vivos, claros y esplendorosos cuanto mejor pulido esté y de naturaleza más pura sea.

De igual manera la mente es susceptible de pulirse por la cultura, por el esfuerzo intelectual, por el perfeccionamiento moral, por el desarrollo y desenvolvimiento efectuado en las mejores condiciones y en tal forma que llegará a producir efectos maravillosos, irradiaciones de luz que iluminan el sendero que se debe recorrer durante la travesía difícil y penosa de la vida.

La cultura mental se efectúa incesantemente a través de los tiempos, sin llegar no obstante a un supremo deseo de perfección. En todas las épocas, en todos los países, encontramos individuos esforzados que nos han dejado rastros luminosos de su mente, ideales levantados que se perpetúan y que debemos aprovechar para nuestra cultura mental.

La mente provoca, dirige, vigila, corrige nuestros actos. Nos permite *comprenderlos*, analizarlos, ser conscientes, por medio del *entendimiento*. Nos permite *sentir*, hacer vibrar el interior de nuestro ser, proporcionarnos el placer de vivir, hacernos sentir profundamente las pasiones, el amor, la ambición; producimos dolor, arrepentimiento que tortura nuestra conciencia, todo esto por medio del *Sentimiento*.

Por fin es la mente la que por medio de la *voluntad* nos permite tomar determinaciones atrevidas. Cumplir propósitos determinados, realizar actos que enaltecen nuestro Ser.

En una palabra, es la base del progreso humano.

Por todos estos atributos, la mente es un supremo bien de que disfrutamos, y es ella la que hace que el hombre sea *El Rey de la Creación*.

Modos de acción del espíritu

En cada una de nuestras manifestaciones mentales encontramos asociados el entendimiento, el sentimiento y la voluntad; generalmente en los actos normales de la vida, estos diversos elementos no trabajan separadamente en nuestro ser físico, sino en unión y armonía. Pero en ciertos casos uno de esos elementos predomina sobre los demás, lo cual puede tener fatales consecuencias en la existencia; p. ej., un joven mal educado y de fuertes pasiones, sin voluntad bien firme y sin el cultivo del entendimiento en armonía a

(1) Tema desarrollado por el profesor Dr. don Francisco Cordero, en el Liceo de Costa Rica, ante los Años Superiores.

ATHENEA agradece vivamente la distinción que se le hace confiando a sus páginas ese interesante trabajo que publicaremos en partes. Sentimos, eso sí, no poder insertar el cuadro expositivo que acompaña a esta conferencia por lo reducido de nuestro espacio.

su naturaleza y desarrollo sentimental, está expuesto a dejarse arrastrar por sus pasiones y perderse en el piélago de los vicios, al dar rienda suelta a sus deseos pasionales que no encuentran el freno de la voluntad, ni el control del entendimiento claro y despejado.

Para refrenarse y no llegar al desborde, necesario es que su entendimiento esté consolidado y tenga el cultivo necesario porque él es el que nos sirve para discernir la realidad y la verdad de las cosas; tiene por medio de la razón y el juicio el gran poder de la reflexión que se adquiere por una educación bien comprendida; nos permite desechar lo perjudicial, lo malo, lo que no se debe hacer, lo indebido: primero porque no conviene al organismo, segundo porque puede provocar una vindicación social por medio de la justicia y de las leyes, tercero porque nos acarrea el desprestigio y menosprecio de los que nos rodean y nos privan de sus favores, y cuarto, porque aunque nos proporcione por el momento algún bienestar o satisfacción personal, a la larga no deja sino el vacío en el corazón, el arrepentimiento.

Por eso decía Séneca, «que el único bien que se podrá encontrar en el mal es el arrepentimiento de haberlo hecho».

Y esto deducido únicamente del entendimiento, uno de los factores de la naturaleza mental.

El entendimiento, además de la razón y el juicio, comprende la *memoria* y la *imaginación*.—

La memoria

Cada sensación percibida por la mente, y que llega del mundo exterior por intermedio de los órganos de los sentidos y sus respectivos nervios, se traduce en una idea; y cuando la idea es elaborada, dos casos pueden presentarse: o bien la idea va a manifestarse al exterior por movimientos o por medio del lenguaje articulado que la expresa inmediatamente; o bien la idea va a almacenarse en la mente para volver a reaparecer.

Esta reserva de la idea, es lo que caracteriza la *memoria*, tan importante factor para la educación y la cultura mental. Al utilizarse la memoria, las sensaciones reviven y se efectúa la *reproducción mental*; una sensación provoca una idea la cual trae otra análoga y otras más que aumentan, se suceden, se organizan y se clasifican en la mente; tal es la *asociación de las ideas*.

La memoria presupone cierto ejercicio de los sentidos y desarrollo de la percepción. Los niños recién nacidos son incapaces de retener las imágenes aunque sea por poco tiempo; pero ya a los tres meses tienen la facultad de retener y por eso, a esa edad, un niño ya puede conocer la cara de la madre.

Darwin dice que la representación clara de las ideas o imágenes se obtiene ya a los *cinco meses*.

Pero es el caso que el recuerdo persistente de los hechos de la infancia en la memoria de un adulto nunca se verifica antes de cumplir *dos años de edad*, y muchas personas no recuerdan sino de cosas que sucedieron cuando tenían tres, cuatro o cinco años.

En cada individuo la suma de facultad retentiva natural está en relación con la estructura cerebral que estudiaremos después, y que en parte limita la capacidad de la memoria en general; pero es un hecho bien demostra-

do que el ejercicio tiene efectos maravillosos para aumentar la facultad. La memoria del estudiante aplicado es mucho superior a la memoria del desaplicado por bien dotado que esté —y esto obedece a que entre más se estudia, más fácilmente *se obtiene*: 19—Que las operaciones mentales ya antiguas al repasarlas, se hagan más perfectas, más fáciles y más rápidas por la explicación fisiológica que os daré enseguida.

Así la lectura en alta voz, p. ej., se hará tanto mejor cuanto más se practique, esto es el perfeccionamiento de la facultad en sentido determinado.

20—Con el ejercicio y el estudio, las operaciones nuevas de grado semejante de complejidad también se hacen más fáciles. La resolución de un problema de matemáticas es tanto más fácil cuanto más problemas análogos se hayan estudiado. Por consiguiente la aplicación juega un gran papel para desarrollar la memoria, la cual comprende así una aptitud o disposición mayor para retener y recordar impresiones nuevas.

30—Al aumentar la memoria se recuerdan impresiones menos vivas y hay por consiguiente más riqueza y abundancia de detalles porque se obtienen grupos de impresiones más complejos y en mayor cantidad.

Cuanto más firmemente se retiene un conocimiento y con mayor claridad y facilidad se reproduce, mayor es el adiestramiento de la memoria.

Por eso os aconsejo estudiar muy bien; con concentración de vuestro espíritu en lo que deseáis aprender, porque así no sólo se obtiene el conocimiento determinado que se trata de aprender, sino que preparáis de esa manera la inteligencia para adquirir otros muchos conocimientos que van a ser completados, quizá cuando seáis hombres con grandes problemas que resolver en la vida práctica, y triunfaréis si vuestros hábitos de estudio, si vuestro entendimiento cultivado y vuestra memoria desarrollada, en las aulas del Liceo, os han acostumbrado, no a la repetición banal de la lección de la víspera para obtener buena calificación, sino la costumbre y el método de estudio de cualquier problema de vital importancia.

Es tan cierto eso, que os podría citar ejemplos múltiples de estudiantes que obtenían buenas notas por haber leído a la carrera, en el recreo mismo, la lección, la contestaban bien, 5 o 10 minutos después; en los exámenes pasaban a veces por suerte, otros por fraude, y esos graduados así, inteligentes, no teniendo una preparación suficiente para la lucha por la vida, son fracasados, de nada les sirvió las buenas notas, a nada les condujo el relumbrón sin base sólida, sin estudio sereno, reposado, macizo. Aprended a estudiar bien, a reflexionar lo que estudiáis, a exponerlo con claridad y con método, en alta voz en vuestro cuarto de estudio; emplead todo el tiempo que sea necesario, para dominar bien vuestras lecciones; quitad de vuestra mente las imágenes que pudieran perturbar vuestro estudio, cultivad vuestra memoria con esmero, y yo os garantizo que el triunfo será vuestro.

La memoria es pues la potencia que nos sirve para retener y reproducir las cosas impresas en la mente, ya sea por los sentidos o por medio del lenguaje.

Pero estos atributos del *entendimiento* que hemos analizado y que se denominan percepción, razón, imaginación, juicio y memoria, se desarrollan en el individuo y se perfeccionan mediante dos *factores esenciales*. El uno que los psicólogos llaman *interno*, y que supone las *capacidades fundamentales y la disposición hereditaria*, y el otro factor *externo*: o de circunstancias *naturales y sociales* que rodean al individuo.

Entre las capacidades fundamentales están indudablemente la *formación y constitución especial del cerebro* que es el encargado de la adquisición de los conocimientos y un individuo tendrá tanta más aptitud de perfeccionarse en cultura mental cuanto mejor dotado esté naturalmente; cuanto mejor constituidos tenga sus *centros nerviosos*.

Pero se ha demostrado que con el *esfuerzo* se llega a obtener tal cultura intelectual, y tal grado de conocimientos aun sin estar admirablemente dotado, que sobrepasa los deseos del más ambicioso, como lo veremos enseguida.

Continuará

Dr. Francisco Cordero

Del Certamen Literario

Como no fué posible que EL IMPARCIAL publicara las composiciones premiadas en el último Certamen Literario que verificó, a instancias de varias personas hemos resuelto abrir esta sección para que sean publicadas en ATHENEA. El Jurado calificador que concedió esos premios, lo integraron los señores don Valeriano F. Ferraz, don Roberto Brenes Mesén y don Omar Dengo. Las composiciones aparecerán en el orden en que se nos envíen.

Primer premio: medalla de oro

Tema: un asunto del Quijote

Un Cuento del Quijote

Para mi hermano Gonzalo, que es un artista

... Dicen que rompía molinos de viento,
que era un gran gigante que hizo muchos daños,
que en caballo al cielo llegó en un momento...
Abuelita sabe! Cuéntenos el cuento!
No iba a saberlo teniendo sus años!

Las cabezas rubias de los niños eran
trigales de oro junto de la lumbre,
mientras la abuelita para que durmieran
contestaba aquello de que la inquirieran
con una sonrisa de honda mansedumbre.

—Era un don Quijote leal y caballero de verdad un hombre, no un gigante extraño, que siempre libraba todo desafuero, que andaba la vida con un escudero sin otro pecado que su propio engaño.

Para defenderse de la villanía
llevó escudo y lanza, armas de combate
que bien le sentaban para su hidalguía,
mas, fué tan osado con su bizarría
que todos lo hallaron loco de remate.

—Pero mire, abuela, cuentan que en el cuento a caballo un día caminó en el viento llevándose a un Sancho por las nubes, y era en un Clavileño hecho de madera . . .

—Ah, sí. . . Fue una noche que por su locura jinetes subieron borrando sus huellas. . . Sancho iba en el lomo, mano en su cintura y juntos llegaron por fin a la altura donde cara a cara vieron las estrellas.

Tan alto corrían, tanto caminaron que los dos palpaban cosas infinitas; pasaron las nubes y las saludaron, más arriba fueron y se desmontaron en donde pacían las siete cabritas.

Sancho luego hablaba de lo que veía en esa otra parte brillante y lejana: la tierra en lo alto a él le parecía *grano de mostaza*, y se percibía cada hombre que andaba *como una avellana*.

Bajó del caballo, fuese a las cabritas siendo de improviso cabrero del cielo; al acariciarlas se estaban queditas y eran «verdes, rojas, de mezcla», bonitas, mucho más bonitas que las de este suelo.

Luego hasta la tierra volvieron montados,
y como os lo cuento ellos lo contaban.
Pero fué lo raro que iban vendados
y que se estuvieron quietos y sentados
sin alzarse un palmo de donde se hallaban.

Como se extrañaran, explicó la abuela:
cada hombre en la vida tiene un Clavileño
y vive en aquello que ferviente anhela;
si cree que tiene alas de seguro vuela,
que así ha de pasaros montando el Ensueño.

—Y siendo el Ensueño cosa de madera
entonce, abuelita, por qué no lo encuentro?

—No habéis de inquirirme, porque yo dijera
que para ir a lo alto hay una Quimera
pues todos llevamos un Quijote adentro.

Ah! Pero vosotros no tenéis idea
de la vida cierta de tantos Quijotes. . .
Estáis muy pequeños; mejor que así sea
pues no habéis llorado una Dulcinea
ni os habéis hallado con unos galeotes.

Los niños al lado de la abuela hacían
un ingenuo esfuerzo por oír el cuento
porque ya los ojos se les adormían
y así, cabeceando, todos parecían
trigales de oro que moviera el viento.

Después, en la alcoba, con gentil empeño
la abuela les daba todo su cariño,
y mientras velaba, vió que el más pequeño
estaba estrujando, febril en el sueño
un viejo caballo que le trajo el Niño. . .

Rogelio Sotela

LOS INMORTALES

Pascal-Bourget

En cuanto un escritor entra en el terreno religioso, siente que se hallan sus pies en una ciénaga viscosa: o se hunde o resbala. Si su pensamiento es el esfuerzo de la vanidad y no de la sinceridad, todo lo que dice el autor es superficial y vano; y si lo otro, se abismará en amplitudes que concluirán por la incertidumbre y la dubitación.

La vieja cuestión de «dogmáticos» y «pirrónicos» no parece contener sino los aspectos diametralmente opuestos de una serie de consecuencias personales que son resultado inevitable de la actuación individual; de ahí resulta que en el fondo no haya siquiera tema por resolver. En qué aspecto mental estaría colocado el pensador que exclamase ante la discusión de un tema espiritual: tu verdad no es la mía pero ambos vemos bien?

Cada hombre está encadenado, quíralo o no; a una visión peculiar de cosas; no siéndonos posible abarcar todos los aspectos de las formas a un tiempo, las propias limitaciones de nuestro espíritu se definen por un lado preferente y habitual que origina en nuestras estructuras internas y sutiles, gustos, aficiones, criterio, en una palabra. Cada uno de nosotros tiene su matiz especial de coloración, y todas nuestras ideas se truen en ella, linos incoloros de por sí, como las telas en la cubeta del tintorero. Esta coloración está a su vez determinada por la naturaleza de los actos, de suerte que éstos y aquella se hacen correlativos e indivisibles.

El gran Bourget ha escrito sobre Pascal, el autor de «Pensées». Nada más curioso que el hombre de mundo debatido al espíritu de la soledad y del austerismo. Bosquejar a Bourget sería vano: tiene todas las características de un hombre del siglo: excecpticismo, viva imaginación, don del color, libre pensamiento, *sans façon*, ironía cortante, despreocupación, estilo lapidario; no le falta siquiera el último brochazo de novelista contemporáneo: la monomanía del *conteur* de adulterios.

Pascal es el tipo sombrío, desvelado, mordido por todas las víboras de la selva humana. Un día vió el dolor, y eso bastó. Ese signo depresivo le denunció el crimen de la inteligencia que se convierte en egoísmo. Todo le pareció concupiscente y se dedicó a demoler más que a reformar. A eso le daba derecho su ensimismamiento. ¡Locura divina que lo llevó a un categorismo trágico! Concluyó por anular la acción humana; pulsó al Siglo y lo encontró con fiebre y tomó esa fiebre por *delirium tremens*. Su mirada escrutadora y sonámbula vió una

humanidad transparente como una gran bodega de frascos emponzoñados. Pero creía en el alma y cogió la Biblia, que fué en sus manos el plano del laberinto, y se propuso salir de él. Y, ¿salió? Por lo menos adormeció su espíritu en el opio sedante de Dios.

Frente a frente estos dos hombres, el uno vivo y el otro inmortalmente muerto, ¿quién triunfará? No se trata de triunfos ni es este el objeto del comentario. Son tan opuestos estos dos hombres que ambos tienen razón. El uno en lo humano, el otro en lo espiritual. Bourget atribuye la creación de Pascal a «l'abus des spéculations mathématiques et a une incroyable tension d'esprit» que habían concluído por alucinarle. Pascal lo cree obra del «amour de Dieu» y esto le tranquiliza.

Necesitamos más de los hombres que condenan nuestra naturaleza y la proyectan en el ensueño hacia más doradas excelsitudes por el abandono de lo propio personal para lo universal, que del atildado escritor que divierte nuestros ocios y acaricia nuestra sensualidad, embellece nuestras obras y exalta nuestro pensamiento por encima de la acción de la naturaleza; aquél, a fuerza de anular nuestras propias conquistas, nos empuja a un modelo ya sospechado, si bien más lejano, no menos bello y divino; éste, nos hace regocijarnos con lo adquirido y nos invita implícitamente a renunciar al perfeccionamiento de la Acción, por medio de la negación de nuestra ignorancia. Pascal es el hermano menor de Job, con un planeta por estercolero. El patriarca árabe es la obediencia a Jehová por la sumisión a la torpeza humana, personificada en los tres tipos del poema; Pascal es la misma obediencia por la rebeldía con lo humano. A fuerza de sinceridad se hace exorbitante e inaceptable. Sueña en hacer pasar a todas las razas por una sola angosta puerta, medio alumbrada y terrible, desventajada y resbaladiza, misteriosa y séptuple: la Biblia. Si hubiese conocido la Ciencia de Oriente tal vez hubiese callado moviendo la cabeza. Conoció a Jesús y le amó, con el amor senil de los abuelos.

leyendo a Pascal se comprende la razón que asiste al literato pulverizador. Pascal no escribe casi nunca, garrapatea letras de delirio, inmortales y deformes; amontona en su mesa los pensamientos gloriosos escritos «au marge de journaux», como explica un biógrafo. Y aún sobre esto, la argumentación no es siempre fuerte, puesto que separa el aspecto puramente intelectual del otro espiritual, que no pide a las formas el arreglo prejuicioso del

primero. ¿En qué consiste, pues, la elocuencia de Pascal? Su renombre es universal—continúa Bourget—«en la época misma en que las glorias más puras iban volando hacia el olvido»; y maravillado, escribe: «ser adorado por impíos, escépticos, casi venerado por una generación de literatos idólatras del libre pensamiento, de progreso y de tolerancia, es una *extraña paradoja*...»

He ahí una conclusión bien curiosa de Bourget. El novelista ilustre se entretiene en pulverizar a Pascal con el espíritu irónico del tornero que prensa un diamante; hiende su frase fina y tajadora como una daga calada, viendo cómo, a media luz, desnudo y sangriento, se cilicia y llora en la noche, salido de tono en la corriente del siglo, el defensor de las hermanas de Port Royal. Pero, mientras más cauteriza, más se va muestra simpatía con la locura divina del viejo que condena las obras de los hombres y los frutos de la carne como a una inmensa tumba destapada.

Bourget suspende de pronto esta actitud, y piensa: «est une étrange paradoxe...» Y el hombre del siglo parece hundirse en la bruma desoladora de lo desconocido. Es así como una gran pluma se rompe, como una grande risa burlona se apaga

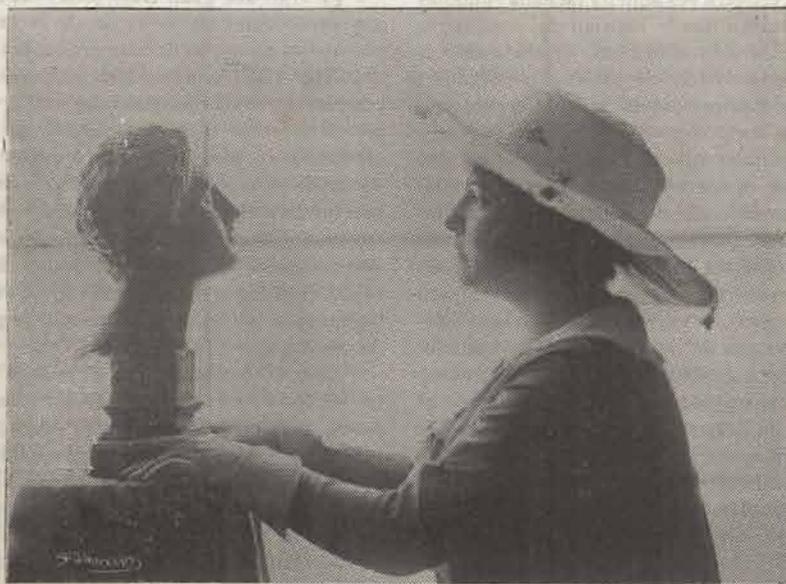
al borde del Misterio, surgido de pronto ante los ojos atónitos que creían poseer la ciencia del Universo y de la vida dentro de las cotidianas preocupaciones de gloria, como se posee en la vejez el huerto trabajado en tiempos de oro....

El autor del *Démon de Midi* vela exabrupto esta preocupación y de ella aparta su mente forzándola a volar como el albatros batido por la tempestad. Bourget duda.... «Puede ser....» E incurre en el pirronismo de que acusa a Pascal. Luego trata de categorizar, y así, concluye por dar un rodeo vuelto de espaldas a la inmensidad, tejiendo arabescos de sonoras galas en el vacío, con el desenfado del marido infiel que adopta una posición arrogante y fuma para desleír en el humo del cigarro el sonrojo de su falta....

Hay innegablemente un vasto e invisible puente entre la pequeña esfera de nuestra conciencia y el verdadero reino de nuestra alma. La paradoja que sorprendía a Bourget prueba que en el fondo de nuestro ser existe el visionario, el auditivo, el Sabio Pleno, indiviso y eterno cuyo tenue vajeo nos llega con las intermitencias de la espira del trípode. El hombre ignora y niega pero adivina y duda, la espalda vuelta hacia la eterna aurora.

Rafael Cardona Jiménez

De la Exposición Nacional



Sta. María Borges

Fotografía del Sr. Sotillo premiada con medalla de oro

El Caso de él ⁽¹⁾

Pepe Lamota recibió, emocionado, el pliego de cartulina que le ofrecía la mano sarmentosa y trémula del Director —un vejete menudito y risueño que parecía próximo a naufragar en su amplio levitón.

En el silencio solemne del salón fué otra vez el sonoro chocar de crótalos del aplauso ritual que prodigaba la concurrencia a cada titulado —fastigosos aplausos que se dan sin saber por qué, pensando en otra cosa, maldiciendo de tener que incomodar el reposo de las manos, húmedas tal vez y torturadas por la quiragra. . . . Oh, el que inventó esta fastidiosa costumbre del aplauso jamás asistió a ninguna velada de Beneficencia, a ningún acto de repartición de diplomas.

Lo miró ávidamente. . . . Su título de bachiller, al fin! Era una tricromía de lamentable gusto tipográfico. Al pie, arabescos: la firma del Ministerio de I. P., la del Director del Liceo, la del Secretario. A la izquierda, sellos en relieve: uno rojo, otro oro. . . .

Ya al salir lo hizo un rollo y lo colocó bajo el brazo, aprisionándolo con ufanía como si llevara consigo a la novia en una romántica escapada.

Miró una vez más, largamente, la fachada polvorienta y severa del Liceo, cuyos salientes bloques de granito dejaban entre sí anchas rendijas oscuras que le daban un aspecto sombrío y austero tal como las arrugas de la frente al rostro humano.

Tornaría a ver otra vez aquella fachada ennoblecida? Quién sabe a dónde habrían de conducirlo los vaivenes de la vida nueva que se abría ante él en una imprecisa visión de nuevos panoramas! Ya tal vez para siempre jamás se alejaba de aquella arquitectura harto conocida y que sin embargo ahora se le antojaba nunca vista, en un aspecto distinto del que él conocía, como si hubiese sufrido una transmutación el alma pétrea del edificio. Ahora lo hallaba casi melancólico, como si fluyera tristeza y lloro por los lacrimales tristes y llorosos de sus ventanas ojivales y unánimes que tenían algo de falansterio. . . . Cuán distinto se le aparecía en sus tiempos de colegial aturdido cuando, presuroso por el campanazo rotundo oído en el camino, llegaba todo sudoroso y agitado ya en el trance preciso de entornar el amplio portal que era muralla infranqueable a hora fija para retener a los eternos retrasados— siempre los mismos!

Era ya Bachiller. Y sin embargo no sentía en su interior la menor transformación espiritual: su misma alma de colegial aún llena de antojos de granuja, la misma indecisa torpeza en las resoluciones. . . . En qué consistía, pues, eso de ser

bachiller? Su afán de tantos años, el objetivo de tantos desvelos y fatigas he aquí que estaba ya alcanzado y sin embargo la ávida sensación de *algo que falta dentro de sí* seguía torturándolo asiduamente como si un pertinaz tarambana se complaciera en estarlo lurgando por todas partes.

Era ya Bachiller. Tornó a mirarse a sí mismo con curiosidad, como si fuese otro: se vió con su traje sepia asaz maltratado y en el que la labor del zurcido de factura doméstica había hecho prodigios por ocultar la agresiva presencia de Término; zurcidos que tramó el cariño maternal a la luz de una bujía y que eran al traje de Pepe Lamota lo que las pomadas y ungüentos de farmacia a los rostros de esas impolutas vírgenes tardías que ya han entrado,—oh, cuán lamentablemente—a la segunda juventud.

Miró sus botas. Esas eternas botas de colegial donde siempre hay algún ojal célibe y tan indiscretas en decir lo largo del éxodo. Luego metió su mano al bolsillo y sus dedos expertos palparon la limitación circular y fría de unas cuantas monedas—la reserva para los pitillos hasta el sábado.

Nó y nó; aquella tricromía que aprisionaba bajo su brazo no tenía el poder trascendental que su fé agorera de estudiante imaginara. Ahora lo veía claro. Todo fué ilusión en una lejana meta que, alcanzada, se esfumaba en una desesperante perspectiva de espejismo.

¿Y eran así, gran Dios, todas las transformaciones espirituales de la Vida? Y le vino sin saber por qué el recuerdo de una curiosidad que siempre le intrigó cuando niño. Era un deseo ardiente de estar insomne a la media noche del 31 de diciembre para comprobar si la transición de un año a otro se efectuaba sin ningún detalle notable. Un afán absurdo de observar en el reloj el primer segundo que iniciara el año nuevo. Cuánta hubiera sido su emoción si la aguja resuelta del segundero, cobrando conciencia al llegar ese instante, hubiera efectuado el milagro de detenerse en su viaje de Ixión, temerosa e indecisa de marcar el segundo inicial de un año nuevo. . . .

Llegado a casa fué el cálido beso maternal sobre su frente y el abrazo férvido y apasionado. Su padre, más circunspecto, más sobrio, se limitó a colocar su mano sobre el hombro enclenque de Pepe.

—Bien, hijo mío, bien. Ya eres un hombre. Ahora a trabajar, para que no sólo seas un hombre sino un hombre de bien.

Mientras, Juanico, que iba ya para el tercero elemental, miraba absorto a su hermano y no acertaba a comprender cuál era la hazaña de Pepe ni el

(1) Cuento premiado en el Certamen Literario de «La Perna Libre» el 15 de setiembre pasado.

por qué de aquellas solemnes y evangélicas palabras de su padre. Y observaba cuidadosamente el trofeo del bachiller, dejado sobre la mesa y que había adquirido ya una pertinaz tendencia a enrollarse automáticamente. Leía con curiosidad aquellos caracteres góticos impresos en tinta violeta y asaz abstrusos para sus retinas acostumbradas apenas a la escueta tipografía de su libro de lectura.

* *

Pepe Lamota sentía la nostalgia del Colegio, la nostalgia de cosas irreales que no lograban precisarse en su espíritu lleno de inquietudes. Era algo semejante a ese estado de ánimo que señala la transición de la pubertad, tan notable en las mujeres linfáticas.

La primera idea del padre fué que Pepe continuara sus estudios en el exterior. Bruselas, Ginebra, París. Oh, si fuera posible! Cuántas sugestivas tramas de proyectos fraguó su amor paternal y cuántos fantásticos sueños que apenas iniciados tenían la virtud de cuestionarlo con tan intensas sensaciones de realidad que más de una vez se sorprendió a sí mismo en soliloquios y gesticulaciones de orate mientras discurría en los hipotéticos éxitos y glorias que esperaban a su hijo al regresar triunfante de la Universidad.

Luego era otra vez la intensa realidad de su pobreza que se imponía con eficacia iconoclasta entre aquel desfile de sus sueños exaltados. Y se miraba ahí, junto a su mesa de trabajo, en aquella esclavitud de diez horas cotidianamente renovadas y que sin embargo soportaba con gratitud de paria por el mísero mal pasar que procuraba a los suyos.

Ah, si él tuviera dinero; si al menos pudiera contar con los recursos necesarios para completar la educación de Pepe! Cuántos inútiles caudales había que a nadie aprovechaban! Capitalistas imbeciles y avaros, sin hijos tal vez, que sin sacrificio ninguno para ellos le hubieran hecho tanto bien a él, a su Pepe, a la Humanidad quizás, quién sabe! Cuán injusta y descabellada esta organización social, cuán lamentable proveedor de dones soporta el mundo.

Y consideraba su caso, creyéndolo único y sujeto a circunstancias especialísimas, con esa ingenua torpeza y ese egoísmo irrazonable que hace cavilar profundamente a los mediocres en las tantas cosas que ellos harían con dinero.

* *

Pasaban meses tras meses. Pepe Lamota con su título de bachiller—ogaño incrustado en un marco de oro, ufania de la sala—seguía indeciso y vacilante frente a la muchedumbre de senderos sin atreverse a seguir resueltamente por ninguno. El viaje al exterior no fué sino un efímero y amable comentario que puso en las veladas del hogar la sugestiva inquietud de una esperanza. Pepe soñó

en el hipotético viaje con esa adorable fe de la modistilla adolescente que se duerme glosando egoístamente entre sus sueños la aventura del apuesto héroe de la novela a medio terminar.

Pepe vivía esa hora inquieta que precede al viaje primero que es preciso hacer por sí mismo. Momento supremo en que debemos volar con nuestras propias alas; y lo grave y lo emocionante es precisamente que ignoramos su fuerza impulsiva. Esa hora nos sorprende solos. Tenemos temor al éxodo; la retina, con facultad impresionista admirable, está pronta a enfocar lo novedoso; el panorama numeroso de la vida extiende ante nosotros sus policromías y perspectivas seductoras, y sin embargo vacila el espíritu. Ahora sobra la brújula, cachivache inútil, porque en ese momento la orientación importa poco. Lo esencial es marchar resueltamente por cualquier sendero; no existen los rumbos innobles. La nobleza y la sinceridad residen en el viajero únicamente.

Esa hora emotiva de la existencia en que nos preparamos a dar el primer aletazo de nuestro vuelo de hombres tiene el poder singular de darnos el aspecto indeleble que ha de singularizar en lo futuro nuestro caso social y nuestro caso humano. Entonces el tesoro está en nosotros mismos: si nuestra torpeza no da con el filón, ya nunca más lo encontraremos. (Argonautas errantes de todos los tiempos: vuestros ojos a fuerza de escrutar los horizontes jamás lograron ver el adorable píxide donde se oculta el tesoro interno que todos llevamos con nosotros).

* *

Pepe Lamota tiene una novia. Una burguesita parlanchina, de rostro oval, morena, de ese moreno cálido y suave tan frecuente en los trópicos de América. Rostro de trazos correctos y leves que nada nuevo sugiere. Uno de esos rostros de mujer tantas veces vistos, tantas veces olvidados, que llegaron a darnos una efímera emoción sensual o mística según fueran más o menos gruesos los labios, más o menos largos los párpados. En cambio el pie de la novia de Pepe sí justificaría cualquier desatino; pequeñín, regordete, casi escapado de la prisión de raso de la zapatilla que lo retiene en un engarce absurdo, tan irreal es.

Pepe Lamota está enamorado de su novia. Imbecilmente enamorado.

Su bachillerato ocioso lo hizo ambular bonitamente en una proteica sucesión de ensayos y tentativas que resultaron otros tantos fracasos: Farmacia, Derecho, Sacerdocio, Bellas Artes, Política.

Un día cualquiera en la oficina de una factoría faltó un tornillo humano y Pepe, resuelto ya a afrontar la vida por donde se le presentara en vez de ir él resueltamente al encuentro de la Vida para herirla en su punto vulnerable, aceptó la condición de tornillo que se le presentaba. Pepe llenó el

alveolo y la factoría siguió como si tal cosa el trajar laborioso de sus rodajes aceitados.

¿Qué más da un bachiller que un galeote en ciertos casos?

He aquí como se vuelven ápteras las almas.

En uno de tantos cambios de decoración que se efectúan en la farsa política, en uno de esos entre actos revoltosos que preparan la aparición de nuevos polichinelas en la escena pública, alguien hizo alusión al nombre de Pepe Lamota.

Por qué no? El sabría defender heroicamente la causa. Su bachillerato era una ejecutoria y su personalidad impoluta una garantía. «Si la elocuencia—como decía él—no es ciertamente mi mejor cualidad, en cambio poseo la virtud incomparable de mi amor a la Patria por sobre todas las cosas».

Y decía bien. Naturalmente, Pepe Lamota llegó a la Diputación.

Ogaño ya estaba casado. Recordáis? Aquella morenita parlanchina de encantadores piecitos que avanzaban siempre con suavidad y elegancia como si fueran a dar el paso del minué.....

Ah, y además tenían un pequeñín a quien llamaron Pepito y que venía a ser entre los dos como un guión de bucles rubios y risas de oro. Por las tardes para librarlo del frío lo cubrían con un abrigo escarlata, salido amorosamente del cesto del crochet de la abuelita paterna.

Pepe creyó prudente adoptar algunas modificaciones que estuvieran más de acuerdo con su nueva vida de hombre público.

Por lo pronto encargó a la litografía un millar de tarjetas sujetas al siguiente modelo:

JOSE de la MOTA
Diputado al Congreso

Jenaro Valverde L.
(Claudio Ethal)

ECOS DE LA PRENSA

Los Ateneístas en Acción

Se salió con la suya el poeta y esforzado intelectual Rogelio Sotela, y ya tenemos en nuestra mesa de redacción la revista «Athenea» que viene a decirnos que, efectivamente, como lo soñaba Facio y como lo deseaba un selecto grupo de jóvenes que están mostrando ahora mucha pujanza en el campo de las letras, el Ateneo de Costa Rica ha resucitado y ha entrado en un período de gran actividad. Ya hemos dicho en otra oportunidad cuánto nos complacen a nosotros esos movimientos y todos los buenos frutos que de ellos puede esperar la cultura nacional.

Habrán escépticos que digan: «y por qué estos señores no siembran trigo? De fuera nos viene literatura más que suficiente en todos los idiomas conocidos; en cambio no nos viene trigo. Sería más provechoso que esos señores que escriben sembraran, que nosotros sabríamos apañarnos con la literatura extranjera, y no podemos prescindir del trigo».

Y nosotros decimos que no es así como debe presentarse el problema. Nosotros queremos nacionalizar la nación, y para eso aspiramos a tener literatura nacional—regional o no—y queremos también tener trigo nacional si es posible. Pero el error consistiría en querer que los intelectuales sembraran trigo y que los agricultores escribieran. En la buena y metódica distribución de las cosas y si no queremos ir al desastre, debemos seguir el sabio precepto de «zapatero a tus zapatos». Si no hay trigo nacional la culpa no es de los que escriben y cultivan las letras y las ideas y no la semiente en los surcos; a ellos podríamos reprocharles que no hubiera literatura nacional. Pero si no es su oficio sembrar trigo, ¿por qué pretender que a él se dediquen? En eso el espíritu teutón ha tenido indudablemente enormes aciertos: ha clasificado las cosas, las ideas y los individuos y tratándose de estos últimos ha procurado que cada cual haga lo que es más capaz de hacer con acierto y eficiencia, lle-

gándose por ese procedimiento a la absoluta perfección de la salchicha de Frankfurt, por ejemplo. Así debíamos hacer nosotros; pero aquí sucede de manera muy diferente y a lo mejor ocupa la posición de un ingeniero un individuo que como tal es incapaz y que sin embargo sembrando frijoles en los bajos de Ujarraz, podría hacer filigranas.

Nacionalizar la nación es encauzar las fuerzas vivas en el sentido de queden su mayor producto; y la producción de esas fuerzas vivas constituye la riqueza, así sea un troje repleto de maíz, como un tomo de «Athenea» la nueva revista, en que tantas y tan excelentes producciones aparecen. Todo es riqueza: el maíz para nuestros estómagos y los estómagos de los caballos; Athenea para nuestros cerebros y con Athenea todo lo que vuela por allí en letras de molde y es digno de ser leído porque deja algo en el espíritu o porque suscita emociones o reflexión.

Por eso aplaudimos este esfuerzo; no querríamos ver a nuestra intelectualidad fracasando entre los terrones y los «jobotos»; preferimos verla gallardamente en su puesto, haciendo su papel dignamente, produciendo para propia satisfacción y deleite y para esparcimiento y solaz de los que en la agricultura o la industria bregan, de los que sentirán después de las jornadas de esfuerzo una gran satisfacción, encontrando sobre la mesa de su cuarto de estudio que todos tienen, hasta los menos estudiosos, un libro, una revista que han escrito para ellos los que se dedican a escribir de esas cosas. Y ellos pensarán que también hay abejas que hacen miel para el entendimiento.

En fin, yo que soy un poco de todo, yo que me entusiasmo con un bello pensamiento y con una sonora y linda estrofa tanto como con una mazorca de maíz o un cafeto bien cargado; yo que hago de todo, que por la mañana si es necesario escribo un artículo y por la tarde si es posible siembro una cebolla, me siento muy contento de toda manifestación de la vida nacional y por eso celebro tanto ver uno de esos ayotes monumentales que produce de cuando en cuando nuestra tierra como para decir que aquí nadie debe ni puede morir de hambre, como ver convertida en una realidad la revista «Athenea» y leer los buenos artículos que en ella firman algunos de nuestros más amentajados escritores.

Y si esto que he escrito no corresponde a la categoría de la revista de la cual quise acusar recibo, al menos es muy sincero. Y la sinceridad será buena parte a excusar mi atrevimiento.

El Doctor Richet

(De *La Información* del 23 de setiembre de 1917.)

Algo de todo

Tome Ud. «este rollo de literatura patria», me dijo un amigo esta mañana, entregándome un fajo de periódico. Viene oloroso a cosas del terruño.

—Tal vez sean aires del Tablazo o brisas de Cartago, le repuse.

—Cierzos querrá Ud. decir.

—No importa. Siempre serán menos fríos que las ráfagas húmedas del Sena y con aquella idea me llevé el regalo.

Pero he aquí que al abrirlo me sonríe una cara conocida: la Gioconda!

Confieso que comenzaba a olvidarla. París es un crisol donde se funde y acaba por evaporarse la memoria. Las sensaciones se suceden en él, rápidas y fugaces. Y no podría ser de diverso modo. Hay otras que esperan su turno lo mismo que las gentes en la taquilla de un teatro.

Aquí el entusiasmo y la desesperanza duran lo que el devaneo de una coqueta o el llanto de un niño, el ceño del odio es un rasgo borroso, la trompeta de la Fama, un clarín inconstante, los ardores de la polémica estímulos pasajeros, el esplendor del triunfo brillo fugaz, las inquietudes del Gobierno o las amenazas populares cosas de un día, la literatura y la moda, Chantecler y la Jupe culotte caprichos de una hora. Duelo y placer, apoteosis y descréditos, triunfos y derrotas, todo, hasta el Amor y la Muerte mismos desaparecen al punto en esta loca vorágine de formas y colores.

Cuán diferente la existencia en esa tierra, propicia al recuerdo como la cabeza de un abuelo! En ella tenemos todos tiempo para hacer añoranza del ayer y soñar un poco en el mañana.

El pensamiento está acostumbrado a recorrer un camino que aquí nadie conoce, un camino bordeado de rosas otoñales y cipreses melancólicos, a lo largo del cual discurren sombras amables que desterró la muerte.

El pasado es, entre nosotros, un añejo vino con que restaura el corazón las heridas que el Destino le infiere.

Así la vida, resulta al cabo algo como un antiguo viaje familiar: cada peregrino lleva, a guisa de manes protectores, un fresco ramo de reminiscencias.

En estos centros es un verdadero vértigo que enloquece y arrastra. Es preciso andar siempre muy ligero; y quien en San José podía dedicarse sin peligro a hacer filosofía al modo peripatético en mitad de la calle, aquí, para ganar una acera, debe dar más brincos que un saltamontes. Si fuera uno a meditar un segundo al tiempo de atravesar el bulevar correría pobablemente la suerte del infortunado Cure.

Pero esto no lo explica todo. Lutecia es olvidadiza por temperamento. La inconstancia es un defecto de sus nervios, sus divinos nervios que sólo vibran por impresiones momentáneas, lo mismo que las cuerdas de una lira.

No obstante reparad con qué amor la quieren y con qué celo la sirven los cinceles prodigiosos, las paletas sabias, las plumas admirables, las voces milagrosas, los cuerpos encantadores y todos los que han heredado el don doloroso del genio o el privilegio envidiable de la hermosura. Ellos comprenden que Lutecia es más voluble que la ola, más ligera que el viento, más caprichosa que la nube. Ellos están seguros que ella no será nunca de nadie. Pero ellos saben también que una sola mirada de sus ojos es la consagración mundial y que una sola palabra de su boca es la Gloria, y no quieren, no desean, no piden otra cosa, en premio de sus días sin pan y de sus noches con frío, que el regalo de sus labios adorables.

¡Oh Suprema Inconstante! parecen decirle, igual que Verlaine a su fogosa amiga:

Va, l'étéinte jalouse et le spasme obsesseur ne valent pas un long baiser, même qui mente!

Hace dos meses, recién descubierto el robo, no se hablaba de otro asunto. Los diarios ofrecían a la curiosidad general planas enteras de minuciosa información o publicaban los juicios conocidos sobre la obra capital de Leonardo (desde las antiguas noticias de Vasari hasta los ditirambos de Gautier); el pú-

blico prefería a los dramas rocambolescos e historias escabrosas, las páginas que ha escrito un novelista esclavo sobre el Renacimiento italiano; el lápiz de los humoristas sacaba partido del tema para sus mordientes caricaturas en periódicos y anuncios; los vendedores de postales no se daban punto de reposo ofreciendo el retrato de la sonriente Monna Lisa; en los treatros los números de canto abundaban en alusiones *al rapto* y hasta los pobres troveros ambulantes decían, ayudados de sus lamentables guitarras, el encanto de la divina fugitiva....

La sonrisa que después de cuatro años de trabajo hizo florecer Leonardo como una extraña rosa de misterio en el rostro de la bella florentina, llegó a constituir casi una obsesión. No había lugar en cuyas ventanas no sonrieran los labios enigmáticos. París unánime se dolía de la pérdida de su tesoro artístico porque París amaba a la Gioconda. Quizá por las mismas razones que tenía Ruskin para aborrecerla: ella representaba el alma irónica y sutil de esta ciudad.

Todo eso ha pasado. Ya nadie habla de la Gioconda. Lutecia no se acuerda de su querido retrato. Su corazón, antes apenado, ha vuelto a latir contento como un pájaro loco y sus ojos que hace poco senublaban de lágrimas, sonrían ahora, llenos de promesas, malicias y dulzuras a la formación de otras visiones.

En el primer momento, cuando desapareció la Gioconda, se dijo: he perdido mi sonrisa y se echó a llorar lo mismo que cualquier chiquilla romántica. Pero al rato recordó que le quedaba la suya....

Mario Sancho

Cantos de Amor

II

Amor Humano

Quiero volver a los risueños días
De aquella loca juventud ardiente
En que se agota del placer la fuente,
Entre risas y goces y alegrías.

Quiero cantar un canto de ternura
Que pueble el alma de ilusiones bellas
Y lo entonen las tímidas doncellas
En sus ansias de amor y de ventura.

Que lo repita la graciosa niña
Cuando se sienta con pasión amada,
Con su pequeña boca perfumada
Y más dulce que el jugo de la piña.

Y describir los férvidos amores
Que de la vida guardarán las claves,
Hacen juntar los picos de las ayes
Y estremecer el polen de las flores.

Quiero cantar los amorosos retos
Que tienen el zagal y la zagala,
Cuando sin fuerzas la virtud resbala
Bajo el palio nupcial de los cafetos;

Del primer beso y del primer abrazo,
El vértigo pintar y la delicia
Que en una loca, virginal caricia,
Unen dos seres en estrecho lazo;

Canto de amor en que el amor se inmoia
Y entre los labios de la virgen deja
La miel que liba la industriosa abeja
En el cáliz en flor de la amapola;

Canto que inicia la gentil mirada,
Que sigue luego en el ardiente beso
Y tras el dulce y celestial exceso . . .
Llena la cuna con amor formada.

J. M. Alfaro Cooper

Galería de la Exposición



Doña Emma Mora de Rodríguez

Distinguida dama costarricense que reside actualmente en Medellín, Colombia

Notas

Concurso de La Prensa Libre

ATHENEA se complace en felicitar a los escritores que han triunfado en el Concurso Literario de *La Prensa Libre* y siente el regocijo de un aplauso ardiente para ellos. Jenaro Valverde L., laureado por su cuento *El Caso de él*, es uno de los más sinceros cultivadores de las letras. Silencioso, enemigo de la ostentación, seguro de sí, ha hecho una labor meritisima que casi no se conoce por no haberse querido dar a la publicidad este muchacho que ahora triunfa. Y no es el primer lauro que se ciñe este modesto escritor; en *El Imparcial* obtuvo el premio de un cuento y ni llevó su fotografía ni recogió su diploma. Ahora no es extraño que haga lo mismo. ¡Dichoso él que tiene la virtud de ser humilde!

A Castaing y a Jinesta, por sus cuentos laureados, les rendimos el saludo más cordial. Ojalá que perseveren y triunfen así tan gallardamente.

Demos recibido

EL FORO, revista mensual de Derecho, Legislación y Jurisprudencia. Director, Luis Cruz Meza. Sumario: Por la patria centroamericana. Nota de la Dirección. Discurso del Dr. Salvador Mendieta. Jurisprudencia Nacional. Comentario del Lic. F. Aguilar Barquero. Sección de oratoria y literatura. Patria, por el Lic. M. Valle. Bibliografía. Notas.



COLECCIÓN EOS. La dirige don Elías Jiménez Rojas. Contiene: *Tiempos que fueron*, de *La Gaceta* de 1867. *El Derecho Internacional en América*, de Arturo Campuzano Marquez. *La Metafísica está en el aire*, de M. de Unamuno. *Una carta al Director. De Propaganda Fide*, V. F. Ferraz. *Da vergüenza*, artículo en que se queja de la mala redacción que hay en el Senado para los decretos que publica en la *Gaceta Oficial*.



NOUS, revista quincenal científica-literaria. La dirigen A. Saborio y E. Sáenz C. Contenido: *Día de la Patria*, por la Dirección. *Cartas*, de A. Aguilar, etc. *15 de setiembre*, Andrés Lery, Necrología. *La Legación Hondureña. Sección Científica. Athenea*. Saludos que hace *Nous* muy cordialmente a la aparición de nuestra revista. *Albores*, A. Saborio. Luego hay trabajos de Gagini, Sáenz C., F. Montes, Jiménez, Jinesta, Manuel Segura, Raúl Salazar; y Notas.



NUEVA ERA, Diario de la mañana. Director, Luis Cartín.



BIBLIOTECA RENOVACIÓN, que trae lecturas de Angel Ganiwet seleccionadas por Carmen Lira. Asdrúbal Villalobos dirige la publicación.



EL LÁBARO, de Heredia, que dirige el Presb.^o Junoy.



MERCURIO, de New Orleans por medio del agente en Costa Rica don Antonio Font. Su contenido, como siempre tan importante en esta gran revista ilustrada. Hay firmas de E. de la Riva, Miguel del Zárraga, J. B. Delgado, E. Langle, cuestiones mexicanas, prosa de

Marquina, de Hugo Loe, de González Blanco, etc. Nuestro redactor, Albertazzi Avendaño escribe allí *Desde Costa Rica*.

Además, el Ateneo ha recibido la Revista de la Universidad de La Plata y la Hoja de Propaganda Unionista que publicó en Nicaragua el señor S. Salvatierra.

Nosotros agradecemos vivamente esos envíos y corresponderemos con gusto al canje.—No hacemos un comentario especial de los trabajos que contienen esas publicaciones porque no tenemos espacio en este número; pero nuestro propósito es comentar—siquiera sea ligeramente—toda publicación que se nos envíe.

**

A LA INFORMACIÓN le estamos bien reconocidos por el generoso aplauso que nos ha dado y recogemos en nuestras páginas ese hermoso artículo de *Letras de Molde* que tan oportunamente publicó el Dr. Richet.

**

IBERIA, revista bilingüe que se edita en Barcelona, trae un interesante artículo en catalán del ilustre Josep Junoy comentando *El Alma de la Raza*, poema de nuestro compañero Rogelio Sotela y que fué reproducido por la América Latina de Londres.

Athenea toma muy en cuenta el artículo del señor Junoy, como la reproducción hecha en la gran revista del Doctor Barrios y se congratula de que tan visiblemente se ocupen de nuestras letras nacionales.

Aprovechamos esta oportunidad para enviar nuestro caluroso aplauso al artista que tan brillantemente ilustró el poema de nuestro compañero. Esa ilustración dá la genial idea que se tiene de Inglaterra en el mundo.

Necrológica

El Ateneo de Costa Rica ha visto con profundo dolor la muerte de uno de sus más prestigiados miembros, don Félix Mata Valle. Fué él uno de los más ardientes cultivadores de las letras y logró hacerse sentir muy visiblemente en el campo de la poesía. Hombre de grandes energías, lo abarcó todo: la política, el derecho, la literatura, todo lo que llamó su atención de hombre inquieto. *Athenea* dará próximamente una nota biográfica del extinto. Mientras, enviamos nuestro pesar a su familia y a la culta sociedad de Cartago que tan visiblemente ha manifestado su dolor por la muerte del señor Mata Valle.

Correspondiendo

Los originales que ha recibido *Athenea* y que no fueron solicitados, se verán oportunamente por el Comité de Redactores para resolver acerca de su publicación.

Homenaje a Darío y a Rodó

El Ateneo de Costa Rica fijó ya el lunes ocho de octubre corriente para la velada que se celebrará en el Teatro Variedades como homenaje a la memoria de Rubén Darío y de José Enrique Rodó.

Sabemos que se preparan magníficos discursos, recitaciones de trozos de ambos autores y selectos números musicales. La velada será corta, elegante, solemne y digna en todo del alto propósito que la motiva: pagar una deuda de nuestros intelectuales a dos de los espíritus superiores de nuestra raza, a dos ilustres escritores que han influido notablemente en el gusto por las letras y en la cultura de nuestro país.

Dos libros

Ya están de venta en las librerías los dos últimos libros publicados en esta ciudad: *De Variado Sentir*. Edición de autores centroamericanos que dirige el maestro García Monje. Su autor, Rómulo Tovar, bien conocido y gustado de todos, tendrá una nueva oportunidad para ver cómo se le quiere en Costa Rica.

El otro es del sutilísimo escritor don Alejandro Alvarado Quirós: *BOCETOS*. (Artistas y hombres de Letras). Falcó y Borrásé, editores. Por estar ya en prensa este número de la revista cuando aparecieron las obras de que hablamos, no nos será posible hacer un comentario sino en el próximo.

Agradecemos

ATHENEA agradece mucho a la Imprenta Moderna la fineza que tuvo facilitándonos dos de los grabados que aparecen en nuestra revista: *El Acto Inaugural de la Exposición* y la *Comitiva Oficial*.

En la ciudad de Limón

El 12 de octubre próximo tendrá lugar una gran Exposición en nuestro bello puerto del Atlántico. El "Centro Agrícola" ha tomado la iniciativa y ya parece que será una hermosa realidad suntuosa. La ciudad de Limón no es la primera vez que se empeña de este modo por su engrandecimiento; el año pasado dió una brillante nota y pudo demostrar entonces su pujanza agrícola e industrial. Ojalá que sirva de ejemplo ese generoso esfuerzo para que todos nos propongamos a hacer lo mismo. Nosotros aplaudimos sinceramente esa iniciativa y felicitamos a la laboriosa ciudad de Limón que tanto hace por su cultura moral y material.

ATHENEA dará una crónica de tan hermosa manifestación.

La feria por Francia

En los días 6 y 7 del presente mes se llevará a cabo, en los salones del Centro Español, una gran feria para la Cruz Roja Francesa. Dado el espíritu de la fiesta y los preparativos que se hacen, será una de las más pomposas que se hayan hecho entre nosotros. En su oportunidad daremos cuenta en nuestra revista de los resultados de esa gran fiesta por la humanidad.

Por la Unión Centroamericana

Bajo los auspicios de la ilustre cuanto honorable Comisión Unionista del Estado de Honduras, integrada por los Doctores don Salvador Láinez y don Venancio Callejas, ha quedado organizado el Gran Comité Central Unionista de San José de Costa Rica, y nombrada la Directiva que ha de proceder desde ya a las labores de esa causa. Figuran en ella, contados los adherentes, como cien personas de lo más valioso que tiene el país en los diversos órdenes de su actividad, y que son prenda de garantía en el buen resultado de las gestiones a que ha de dedicarse.

Una de las noches pasadas se verificó una reunión en el Hotel Francés para tratar puntos relacionados con este importante asunto que tan vivamente a impresionado el alma nacional y habiendo asistido a ella un crecido número de socios, se acordó verificar una reunión pública y fundar un periódico que sea órgano de la causa.

La asociación de estudiantes

En días pasados, en el Salón de Actos Públicos del Colegio de Señoritas y frente a una numerosa y escogida concurrencia, la Asociación de Estudiantes de Derecho celebró su velada de inauguración, la que fué dedicada al ex-Presidente de la República, Lic. don Bernardo Soto, quien pronunció un bello y conceptuoso discurso que ya ha sido reproducido en los diarios de la capital. La fiesta resultó muy lucida.

Crónicas teatrales

La Compañía Nacional que trabaja en el Teatro América nos dá una idea de lo que puede hacerse en Costa Rica. Es verdaderamente admirable ver a estos artistas *nuestros* haciendo creaciones difícilísimas. Augusto Quirós, por ejemplo, en *Cambios Naturales* estuvo soberbio. Hizo un *flamenco* que no lo veríamos mejor traído de la tierra misma de España. Oliva Arroyo se infiltró del espíritu francés, de tal modo, que la ovacionamos. Nunca pensamos que pudiera realizarse un conjunto tan hermoso como este que hace la Compañía Nacional. Es tan grande el provecho cultural que trae al país, que nosotros sentimos no poder colaborar en alguna forma eficiente para su auge. Sirva sin embargo el empeño que nos guía y crean que están marcando en Costa Rica un verdadero renacimiento teatral. No era para menos que tal triunfo tuviera si allí están: Medina que es nuestro artista consumado, Quirós que ya tiene un prestigio bien merecido y que trabaja con una soltura y un aplomo admirables. El Maestro Director, Melico Quirós, que es el más entusiasta de nuestros músicos y que ha puesto toda su alma en la Compañía. Blen, que es un impulsor inteligente. Don Jenaro Castro, que tanto quiere estas cosas y con tanto cariño que trabaja. Juanita, que ya nos ha dejado prendido el corazón "como un clavel" en el vuelo de su traje; y Hurtado, Oliva, Alfaro y todos estos generosos artistas que demuestran, que revelan hoy lo que puede hacerse aquí sin recurrir a compañías de teatro extranjeras. Nosotros les felicitamos entusiastamente.

Athenea se complace

manifestando su reconocimiento a todos los intelectuales del país, que tan entusiastamente han acogido su aparición. Esperamos corresponder de la mejor manera a tan espontáneo acercamiento. Será eso un estímulo para que procuremos dar a la Revista el valor que debe cobrar, por su distinguida colaboración y por el empeño que el Ateneo de Costa Rica ha puesto en ella. Sentimos solamente no haber podido publicar en este número todos el material recibido; haremos que vaya de preferencia en el próximo.

Todos los originales que publica ATHENEA, son escritos expresamente para la Revista. Del contenido del trabajo son responsables los autores. Todos los libros o revistas que se nos envíen, figurarán en nuestras notas bibliográficas con un comentario especial. ATHENEA no publicará aquello que no haya sido juzgado de valor por el Comité de Redacción. Toda colaboración recibida, que no sea solicitada, se revisará rigurosamente.